

## **El Bicentenario, la miseria de la historiografía y las deudas de la academia**

*Por Ariel Vittor*

Lo propio del mito, como ha enseñado Roland Barthes, es convertir en naturales los productos de la historia humana, privándolos así de cualquier explicación cuestionadora. Para Barthes, el mito se asienta en la despolitización del lenguaje. "El mito es un habla despolitizada (...). El mito no niega las cosas, su función, por el contrario, es hablar de ellas; simplemente las purifica, las vuelve inocentes, las funda como naturaleza y eternidad, les confiere una claridad que no es la de la explicación, sino de la comprobación (...). Al pasar de la historia a la naturaleza, el mito efectúa una economía: consigue abolir la complejidad de los actos humanos, les otorga la simplicidad de las esencias, suprime la dialéctica (...), organiza un mundo sin contradicciones, puesto que no tiene profundidad..."<sup>1</sup>.

Desde el punto de vista de la construcción de un discurso, la desmitificación de un festejo probablemente sea una de las operaciones más complicadas. Hay que elegir

cuidadosamente las palabras para no pasar por aguafiestas mientras otros festejan. Empero, en esta editorial no encararemos tamaña tarea. La modesta intención de este editor se reduce a compartir algunas reflexiones sobre el devenir de la construcción de los relatos sobre nuestro pasado, al hilo de los festejos por los doscientos años de la llamada Revolución de Mayo. Este rumbo se adopta en la seguridad de que la construcción del relato histórico, la manera como se cuenta el pasado, no solo jamás ha sido inocente, sino que también se ha mostrado como un discurso fértil para la proliferación de los mitos.

### **Miseria de la historiografía**

Si tuviésemos que seleccionar un libro con un lugar bien ganado en la historia del pensamiento, cuyo título nos sirviese para parafrasear este momento de la historiografía argentina, probablemente haríamos bien en elegir *Miseria de la filosofía*, de Karl Marx.

Miseria es lo que campea en la historiografía argentina actual, de la que las explicaciones estructurales y abarcadoras han sido desplazadas en beneficio de las narraciones pasatistas o las descripciones anodinas, sin muchas causas ni razones.

El discurso de la historia, argentina en este caso, se ha convertido en un árido desierto. Las explicaciones fundamentadas sobre el devenir histórico han desaparecido. Las sistematizaciones teóricas generalizadas ya no se encuentran. Los grandes paradigmas omnicomprendidos se han descartado sin mucha discusión, o a lo sumo perviven en algún rincón como piezas de museo a las que se revisa por curiosidad arqueológica. También en Argentina, el paradigma estructural se ha visto en crisis. "La infinita relativización del proceso de conocimiento llegó acompañada de la deconstrucción de todo el discurso historiográfico establecido, el emplazamiento a los criterios de verdad y a la idea de temporalidad cronológica y sucesiva (...) De esta manera fue puesta en crisis la concepción comúnmente aceptada de que la labor del historiador consistía en demostrar que, en efecto, la sociedad constituía una totalidad estructurada que había evolucionado en el tiempo guiada por algunos principios rectores de validez universal que conferían unidad al proceso y le dotaban de un cierto sentido"<sup>2</sup>.

Nadando en los restos del naufragio de las grandes explicaciones, la historiografía produce ahora obras pobres emanadas de un paradigma

conformista y posmoderno, que no superan la enumeración, la narración y/o la descripción. La historia se ha tornado una especie de cuento de hadas en donde el encadenamiento de los procesos para producir síntesis conceptuales en distintos planos de análisis que habiliten miradas generalizadoras ha sido suplantado por la fragmentación, el acontecimiento, lo discursivo, la incertidumbre, la opacidad, lo micro.

Hasta no hace demasiado tiempo atrás, la historia se escribía para explicar los procesos estructurales de transformación de las sociedades humanas a lo largo del tiempo. También existía una historia, que a veces recibió el adjetivo de militante: la que desde la explicación del pasado pretendía ayudar a las luchas sociales de los pobres, los excluidos y los perseguidos. En estos tiempos de posmodernidad en las ciencias sociales, estos modos de escribir la historia han desaparecido. Convertida en un discurso academicista por una clase media que puede ir a la universidad, supuestamente legitimada por congresos y publicaciones, la historiografía ha devenido un discurso vacío en manos de traficantes de símbolos interesados más en el currículo propio que en la transformación de la sociedad. "En la actualidad, con el cuestionamiento de la función de la historia en la imaginación política, solemos pensar que la historia es un divertimento o un insumo para la formación de posiciones culturales. Hace ochenta o sesenta años un relato histórico tenía otro significado: explicaba las razones del posicionamiento político"<sup>3</sup>. Dicho en otras palabras: la historia era antaño un arma teórica, no una curiosidad de clase media universitaria.

Hasta un historiador moderado como Marc Bloch, sostuvo en su momento que "la historia no tendrá, pues, el derecho de reivindicar su lugar entre los conocimientos verdaderamente dignos de esfuerzo, sino en el caso de que, en vez de una simple enumeración, sin lazos y casi sin límites, nos prometa una clasificación racional y una inteligibilidad progresiva"<sup>4</sup>. Y desde las páginas de su imperecedero *Las venas abiertas de América Latina*, Eduardo Galeano nos sigue recordando que el sentido del conocimiento de la historia reside siempre en poder brindarnos alguna explicación: "la historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue y contra lo que fue, anuncia lo que será"<sup>5</sup>.

Una disquisición elemental probablemente atribuiría este cambio de paradigma a la irrupción del giro lingüístico en las ciencias sociales y quizás no estaría del todo errada. En otras disciplinas de la numerosa y no siempre bien avenida familia de las ciencias sociales se han visto

procesos similares. Así por ejemplo, en la ciencia política, desde los años ochenta y noventa del siglo XX se ha impuesto el paradigma institucionalista, que privilegia el estudio de la conformación de las instituciones del Estado, pero descarta temas como las formaciones socio-económicas, los modelos de acumulación y las luchas de clases. En los estudios de la comunicación, por su parte, se ha producido un desplazamiento desde problemas como el imperialismo, la dominación y la estructura de propiedad de los medios de comunicación hacia cuestiones como la decodificación aleatoria de los mensajes, el tráfico de símbolos, los significantes flotantes y los discursos sin relación con la realidad material. No ha sido distinto el derrotero de la sociología, donde "las corrientes agrupadas bajo la denominación de sociologías interpretativas (interaccionismo simbólico, fenomenología social, etnometodología) que se han ido desarrollando a partir de los años sesenta en los países anglosajones han ahondado las discrepancias entre estas sociologías atentas a los microprocedimientos y las sociologías llamadas estructurales, interesadas por las coacciones sociales exteriores al individuo y que consagran la primacía de la sociedad sobre el individuo, de la estructura sobre la práctica"<sup>6</sup>.

Sin embargo, y como se intenta exponer más adelante, el camino transitado desde las explicaciones estructurales hasta los micro-análisis simbólicos no es inocente ni tampoco queda al margen de la historia misma de las sociedades. Digamos por ahora que los efectos del paradigma posmoderno sobre la producción historiográfica han sido claramente devastadores.

### **Los olvidos de la historiografía**

En el actual desierto conceptual que ofrece la historiografía, no debería causar mucha sorpresa la desaparición y el ocultamiento deliberado y malintencionado de autores, libros, procesos y luchas de la historia del pueblo argentino. Esos ocultamientos forman parte de la destrucción de la historiografía estructural que perseguía la construcción de una visión global. Aunque no sea éste el lugar para reconstruir todos esos olvidos, ni el saber academicista esté muy dispuesto a indagar en sus propias miserias, conviene no pasar por alto algunos destrozos causados por el huracán posmoderno en la construcción del relato histórico.

En la historiografía entrerriana, por ejemplo, el nombre de José Artigas ha sido condenado al más cruel olvido. Con apenas velada malicia, la academia que intenta dominar la producción del conocimiento ha descartado como objeto de investigación a la figura señera de las luchas revolucionarias que el proceso independentista engendró en el litoral rioplatense. Artigas acaudilló un proceso revolucionario original, profundo y popular, que entrañaba "la posibilidad de la independencia respecto de España, la reafirmación de las soberanías provinciales, el rechazo al centralismo porteño y su reemplazo por una confederación de provincias, la unidad latinoamericana, la redistribución de la riqueza, la conformación de un gobierno sustentado en la soberanía popular, la expropiación de los grandes terratenientes, la educación popular, la libertad de los esclavos y la reivindicación de los indios"<sup>7</sup>.

No hay que confundir la índole del problema al que estamos aludiendo. No se trata de que debamos ocuparnos de la historia de José Artigas por mero provincianismo telúrico ó por afán de nuevas mitologizaciones. De lo que se trata es de entender que la derrota del proceso artiguista abrió para Entre Ríos la posibilidad de la economía del saladero y los terratenientes que florecerá con Justo José de Urquiza. Ese modelo productivo fue la base material sobre la cual se construyó toda la formación social que dominó en la provincia durante la mayor parte del siglo XIX. Dicho de otro modo: la derrota de la revolución artiguista posibilitó la transición a un esquema productivo que es clave para entender la sociedad, la cultura, la política y las costumbres en Entre Ríos entre Cepeda y Pavón. Entonces, la disyuntiva entre ocuparse u olvidarse del artiguismo no es un problema reductible a la elección de un objeto de estudio académico, es que si uno no explica el decurso de la revolución artiguista hasta su derrota final, no puede entender lo que pasó después en Entre Ríos. Ignorar esto no es encarar de otro modo un problema histórico, es directamente no encararlo, es sinónimo de miopía conceptual, de cortedad de vista de la historiografía provinciana.

El artiguismo no es el único proceso importante del siglo XIX entrerriano sobre el que se aportan pocas explicaciones. ¿Sabemos acaso algo realmente serio acerca de la colonización iniciada por Justo J. de Urquiza, más allá de las eternas historias de emigrantes esforzados y trabajadores que vinieron a hacerse la América?. ¿Qué representó esa colonización?. ¿Fue, como consideraron en algún momento Rodolfo Puiggrós y Nahuel Moreno, una etapa de acumulación primitiva

capitalista?. Si no fue eso (y perfectamente puede no haberlo sido), ¿qué cosa fue entonces? La historiografía provincial ni siquiera ha incorporado estas preguntas a su agenda. Y no las ha incorporado porque, de momento, viene demostrando su incapacidad para ejecutar la operación intelectual que supone problematizar cómo se produjo la acumulación primitiva en el provincia.

Los olvidos de la historiografía actual se extienden a los libros. Si nos tomáramos la molestia de listar las obras señeras de la historiografía argentina que la academia ha eliminado de la consideración pública con la simplona excusa de su “superación”, encontraríamos que la lista resultaría descomunal. Sólo por poner un caso, el trabajo de H. S. Ferns, *Gran Bretaña y Argentina en el siglo XIX*, obra cumbre para entender los vínculos entre ambos países en épocas de la economía del saladero, ha quedado relegado al rol de depósito de polvo en las muy escasas bibliotecas universitarias que aún lo conservan. El libro que escribió Ferns sirvió y sirve aún para entender qué efectos tuvo la expansión mundial del industrialismo británico en las formaciones sociales de las naciones poscoloniales latinoamericanas recientemente emancipadas de España. No es poca cosa como contribución a la historia argentina. En cualquier caso, es suficiente para revolver los estómagos posmodernos. El mismísimo Eric Hobsbawm, que ameritaría una mejor lectura que la que le dispensan los historiadores académicos argentinos, exaltó el libro de Ferns como una fuente bibliográfica fundamental para entender la inserción de las economías poscoloniales en un mercado mundial dominado por el industrialismo manchesteriano<sup>8</sup>. Los elogios de uno de los más grandes maestros de la historia social mundial no han impedido que el libro de Ferns haya sido borrado de los programas de estudio de la universidad argentina.

La reformulación en clave posmoderna de la historia también ha acarreado la censura de notables historiadores argentinos por parte de un aparato académico centrado en su propia reproducción antes que en encontrar las grandes explicaciones que necesita el pueblo argentino. Este es, por ejemplo, el caso de Rodolfo Puiggrós, injustamente castigado con el olvido y el desprecio por las mentes estrechas que transitan los pasillos académicos. Perseguido y condenado por los liberales por no ser mitrista, por los peronistas por ser marxista, por los comunistas por no ser antiperonista, sus libros han sido ahora marginados de los planes de estudio por la clase media que pulula en las universidades. La

exclusión de Puiggrós no puede considerarse siquiera como resultante de un giro epistemológico, más bien es un síntoma de la ceguera intelectual que afecta a la historiografía académica.

En polémicos libros como *Historia económica del Río de la Plata, La España que conquistó el Nuevo Mundo* y *De la colonia a la revolución*, Rodolfo Puiggrós indagó en temas como la conformación socio-económica de la Argentina colonial, los vínculos entre esa formación social y el feudalismo español, las luchas de clases y la construcción del poder político en la colonia, las tensiones del mercantilismo y el librecambio, la inserción de la economía criolla en el mercado mundial, la puja económico-política entre Buenos Aires y el interior, entre otros. Escribir sobre estas cuestiones, y para colmo hacerlo desde un punto de vista marxista, es un pecado que la academia posmoderna no ha podido digerir.

En un debate tan fructífero como inagotable, Rodolfo Puiggrós polemizó con Sergio Bagú, quien desde sus libros *Economía de la sociedad colonial* y *Estructura social de la colonia* sostuvo el carácter capitalista de la conquista de América. Puiggrós entendía que ese proceso había representado la traslación a América del decrepito feudalismo español. La riqueza de este debate se ha perdido, no porque se haya agotado, sino porque ya no quedan en la academia historiadores interesados en retomarlo. Este desinterés no parece achacable a una nueva corriente de pensamiento, sino que más bien se parece mucho a una especie de ignorancia institucionalizada.

Una lectura comparativa entre *De la colonia a la revolución* de Rodolfo Puiggrós y *Feudalismo tardío y capital mercantil* de Peter Kriedte pondría de relieve, para cualquier mortal medianamente inteligente, que el argentino sostenía ya en 1940 lo mismo que el alemán defendería recién en 1982 respecto del carácter de la conquista de América por España y Portugal. Pero, mientras Kriedte se enseña en las carreras de historia en Argentina (y no está mal que así sea), Puiggrós ha sido borrado de los planes de estudio y programas de cátedra.

Muchos otros historiadores argentinos han sufrido la marginación de la academia, pero no es nuestra intención cansar al lector con una enumeración extensa. La censura académica no siempre se rige por discrepancias ideológicas, lo cual por lo menos sería un criterio, porque en una hipotética lista de los censurados estarían desde Alberto Plá y Milcíades Peña hasta Félix Luna y Norberto Galasso. Sobre ellos, como sobre Rodolfo Puiggrós, la academia ha arrojado nubes de tierra

discursiva para borrar de la historiografía la producción de unos historiadores que, sin ninguna duda, se merecen ese apelativo mucho más que cualquier engréido becario del CONICET de la actualidad. Porque, con sus defectos y virtudes, y hasta con las discrepancias ideológicas que los separaban, escritores como Pla, Peña, Puiggrós, Luna y Galasso se distinguieron ó distinguen por su honradez intelectual, su erudición demoledora, su inteligencia analítica y su abnegación en el trabajo. Muy pocos en la academia pueden exhibir esas virtudes.

### **Las deudas de la academia**

El desolador cuadro de destrucción del discurso historiográfico no estaría completo si dejáramos de aludir a las complicidades de la universidad en esa destrucción. La universidad está en deuda con la sociedad en cuanto al relato histórico porque ha desertado de su tarea de explicarle a la sociedad cómo ha sido su pasado para alumbrar las tareas del presente. La cotidianidad de la vida universitaria muestra descarnadamente el desierto conceptual en que se ha convertido.

Los docentes luchan denodadamente por mantenerse en sus cargos y en los espacios de poder que han conquistado. Alrededor suyo, cual jefes de clanes de la antigüedad, levantan grupos endogámicos en donde casi nadie que no sea señalado por el dedo del mandamás puede entrar. Las peleas por tajadas de presupuesto universitario y espacios de poder llevan a virulentos enfrentamientos con otros grupos endogámicos. Las disputas teóricas son las cortinas de dudosa elegancia tras las que se ocultan feroces rencillas de pasillos en pos del dinero de la universidad.

Como el presupuesto de la academia es escaso y cada clan tiene apetitos insaciables, la búsqueda de dinero deviene casi una letra de tango de Homero Manzi o de Enrique Discépolo, con perdón de ellos. En el colmo de los oprobios, no fueron pocos los académicos que, en su momento, estiraron la mano para recibir algunos mendrugos financieros lanzados a las universidades por empresas mineras que, en Cuyo y el Noroeste, devastan el medio ambiente y las poblaciones de muchos argentinos que no pueden ir a estudiar a la universidad. Al tiempo que aceptaban los fondos, los involucrados balbucearon alguna explicación enrevesada, ladearon la cara con mal disimulado asco y tomaron el dinero. Semejante desvergüenza tiene muy pocos parangones en la historia de la universidad argentina.



Abundan los docentes de currículo artificialmente abultado que se sienten habilitados para decir o hacer lo que se les antoje sin tener que rendir cuentas de sus acciones a nadie, ni a los sufridos estudiantes, que se conforman con no perder tantas clases, ni mucho menos a la sociedad que paga sus sueldos. La estructura laboral de la cátedra universitaria favorece las peores clases de servilismo. Los segundones de los titulares son quienes realmente sostienen la educación universitaria, a cambio de sueldos lamentables, medrando a la sombra de los consagrados y abrigando la esperanza de crecer algún día.

La investigación está destinada a la carrera propia, no a construir aportes para enfrentar los problemas de la sociedad. La academia ha trastocado la vieja carrera de maestro. Ahora lo más relevante no es tener antigüedad en el aula, sino hacer muchas "investigaciones". Escribir un *paper* otorga más puntaje que dar clases durante una década. No son pocos los concursos que acaban convertidos en animados cafés literarios donde, para acceder a un cargo docente, la mejor valoración la alcanzan aquellos que menos tiempo laboral han dedicado a dar clases. Esto, que la lógica más elemental identifica como un contrasentido, se ha convertido en un método académico para seleccionar docentes.

El discurso academicista se despega de la realidad y flota solo, sirve para juntar certificados en congresos y hacer carrera. Los mecanismos de concursos, becas, subsidios, premios y posgrados son las expresiones de una estructura corporativa interesada en su propia reproducción.

En semejante clima, no es de extrañar que la producción historiográfica académico-universitaria se distinga por su consumada desvinculación con cualquier atisbo de transformación social. Su único objeto es la preservación de mezquinas parcelas y el mejoramiento del currículo de los habitantes de esas parcelas. Sería ingenuo pedirles que nos expliquen en qué consiste la lucha de clases en la Argentina del Bicentenario. La historia que la academia universitaria genera es una historia emasculada de todo conflicto. Las explicaciones sobre las formaciones sociales han sido suplantadas por discursos, representaciones, imaginarios y símbolos que flotan sin anclaje en la realidad. Por supuesto, es mucho más fácil analizar discursos que flotan antes que, por ejemplo, estudiar los movimientos del mercado, los patrones de acumulación del capital o las luchas de clases en un determinado período.

No son pocas las carreras de historia en las que se enseña que la

disciplina es nada más que un discurso destinado a satisfacer la curiosidad intelectual de los sujetos de clase media acomodada que pueden dedicarse a ella. La historia, según esta pseudo-explicación, no sería más que la deconstrucción de los discursos que se han escrito y se escriben sobre el pasado. Empero, no debemos ilusionarnos. No estamos ante un cambio de paradigma, ni siquiera ante una moda académica. La irrupción del giro lingüístico en la historiografía no es suficiente para explicar la transformación a la que aludimos. En verdad estamos ante un fenómeno que tiene raíces más profundas, precisamente en la historia de una formación social. Como escribiera Antonio Gramsci: "la formación de los estamentos intelectuales en la realidad concreta no se produce en un terreno democrático abstracto, sino conforme a procesos históricos tradicionales muy precisos"<sup>9</sup>.

### **La derrota política de la clase media**

Para la clase media universitaria que se da el lujo de escribirla, la historia se torna apenas un elemento más de su estilo de vida. Al lado de la historia academizada, la clase media puede perfectamente agregar las vacaciones en la nieve, la mecánica de la cuatro por cuatro o las cirugías estéticas. En el espejo clasemediero, cada uno de los eslabones de la cadena de significantes es susceptible de metamorfosearse en el otro. No es una casualidad: todo es intercambiable precisamente porque, en ese espejo, todo se parece.

Ahora bien, el hecho de que la clase media que domina la producción universitaria se limite a pensar que la historia es un discurso, constituye la muestra más palmaria de su derrota histórica en el terreno de la lucha de clases, y su consiguiente renuncia a integrar un bloque de clases que se plantee la transformación de la realidad. La destrucción de la mirada de largo plazo y de la visión estructural de la historia es el resultado de una batalla perdida por quienes sostenían con su praxis esa mirada y esa visión. Al fin y al cabo, el viejo Karl Marx no se engañaba cuando sostenía que la lucha teórica es parte de la lucha de clases.

Estamos pagando la devastación que, también en el plano intelectual, dejó como saldo la última dictadura militar. En la historiografía, la dictadura arrasó con toda una producción que directamente se entroncaba con los procesos de liberación de los pueblos de Latinoamérica. Y no estamos hablando solamente de libros quemados, editoriales allanadas

y escritores exiliados. Estamos diciendo que, finalmente, Domingo F. Sarmiento se equivocaba: las ideas sí se matan. Las ideas que hoy faltan en la producción historiográfica son precisamente las ideas de los 30.000 desaparecidos. Tal como escribiera Walter Benjamin: "Si el enemigo triunfa, ni los muertos en sus tumbas estarán a salvo".

En el árido desierto conceptual que la dictadura del Proceso dejó como parte de su triste herencia, sólo crecen las producciones intelectuales de una clase media ideológica y materialmente pauperizada. Esas pseudo-investigaciones insípidas desnudan, no sólo la descarnada falta de inteligencia de esa clase para construir objetos de estudio en las ciencias sociales, sino también su incapacidad teórica y su impotencia práctica para problematizar los fundamentos de la sociedad que integra. En una entrevista que le hicieran en 2005, Alejandro Horowicz, autor de *Los cuatro peronismos*, ejemplificó esto de un modo contundente: "Si uno se toma el trabajo de mirar temáticamente de qué se ocupa la historiografía profesional (...) va a ver que hay un conjunto de temas que han sido eludidos por completo, sin vuelta de hoja. Por ejemplo, del '76 para arriba prácticamente o no se ocupan o se ocupan de una forma muy tangencial o particularmente pobre. Cuando alguien cree que se puede contar la historia contemporánea y hacer centro en 1983, esto es: 'democracia o dictadura', realmente no tiene idea de lo que es un ciclo histórico. (...) No se está eligiendo enfrentar conservadoramente una cuestión sino que se está eligiendo no enfrentar de ningún modo el problema. Y eso, desde el punto de vista de las ciencias sociales, es inaceptable. Dicho de otra manera, por debajo de un cierto nivel no se es ni de derecha ni de izquierda, se es bruto simplemente" <sup>10</sup>.

## Un cierre

El reflujo del neoliberalismo de los noventa, aunque lejos de implicar su derrota, ha abierto no obstante un cauce para la irrupción de nuevas miradas y nuevas conceptualizaciones sobre nuestro pasado. Si la universidad argentina no está en condiciones de escribir, por lo menos con un ápice de inteligencia y sentido crítico, la historia de la propia sociedad que la alimenta, lo mejor que podría hacer sería asumir su impotencia en ese terreno y hacerse a un lado para permitir que otros se encarguen de esa tarea. Tal como expresara Alejandro Horowicz, "la historia es algo demasiado serio para dejarla en manos de académicos

profesionales y políticos oportunistas".<sup>11</sup>

Los argentinos nos merecemos la reconstrucción de una mirada sobre nuestro pasado que también se muestre comprometida con las tareas políticas del presente. Quizás no esté de más sugerir que esa tarea debería empezar por reconstruir las explicaciones estructurales que las supercherías posmodernas han intentado desechar. Y que quizás debería avanzar luego por plantearse la superación tanto de los liberalismos oligárquicos como de los revisionismos ingenuos que empañaron en diferentes momentos el relato sobre el pasado argentino.

Ojalá los festejos por el Bicentenario de los sucesos de mayo de 1810 se conviertan en la oportunidad para empezar a destejer la madeja de intereses que no nos dejan comprender cómo hemos llegado hasta acá.

## Notas

<sup>1</sup> Barthes, Roland: *Mitologías*. Buenos Aires, Siglo XXI, 2003, pp. 238 y 239.

<sup>2</sup> Guerra Vilaboy, Sergio: "Los desafíos de la historia del nuevo siglo", en [www.ariadnaticma.com.ar](http://www.ariadnaticma.com.ar). Acceso: abril de 2010.

<sup>3</sup> Acha, Omar: "Estudio preliminar", en Moreno, Nahuel: *Método de interpretación de la historia argentina*. Buenos Aires, Fundación Pluma, 2008, p. 11.

<sup>4</sup> Bloch, Marc: *Introducción a la historia*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 14.

<sup>5</sup> Galeano, Eduardo: *Las venas abiertas de América Latina*. Buenos Aires, Catálogos, 2005, p. 22.

<sup>6</sup> Armand Mattelart y Michelle Mattelart: *Historia de las teorías de la comunicación*, Barcelona, España, Paidós, 1997, pp. 89 y 90.

<sup>7</sup> Vittor, Ariel: "La traición de Pancho Ramírez", en revista *Telaraña*, n° 26, Paraná, Entre Ríos, abril/mayo de 2009, p. 35.

<sup>8</sup> Hobsbawm, Eric: *La era de la revolución: 1789-1848*. Buenos Aires, Crítica, 2007, p. 325.

<sup>9</sup> Gramsci, Antonio: *La formación de los intelectuales*. México, Grijalbo, 1967, p. 29.

<sup>10</sup> Lerman, Gabriel: "Se viene el estallido", entrevista a Alejandro Horowicz, en *Página 12*, Buenos Aires, 08/05/2005.

<sup>11</sup> Horowicz, Alejandro: "El Bicentenario, sólo la celebración de una historia familiar", en [www.elargentino.com](http://www.elargentino.com), 05/02/2009.